

Los cristales maravillosos

por **Lucía Baquedano**

Laura conoció a Cristina el día que se mudaron a la nueva casa. Una gran jardinera llena de hortensias separaba sus balcones y además el de Cristina estaba protegido por una celosía verde, por lo que Laura solamente podía ver su silueta en sombra, a través del enrejado.

Le enseñó sus juguetes que eran muchísimos y gozó de la admiración de su vecina, que decía: ¡qué bonito!, cada vez que le mostraba uno por encima de la barandilla.

Sin embargo, en aquel entusiasmo no había asomo de envidia, por lo que Laura pensó que Cristina tenía sin duda cosas mucho mejores que las suyas, y le pidió que le hablara de ellas.

Fue entonces cuando Cristina le dijo lo de los cristales. Lo pasaba muy bien desde que se los compraron, porque era estupendo la de cosas que podía ver con ellos.

—¿Qué ves?

Y Cristina le habló de un jardín lleno de flores en el que había una fuente con cuatro caños. Unos niños iban a beber en ella, y se sorprendían al ver sus rostros reflejados en el agua. Estaban tan contentos con su descubrimiento que comenzaron a salpicarse unos a otros, muertos de risa, hasta que una mujer que parecía su madre y que tenía cara de estar muy enfadada, iba corriendo y gritando mucho, porque se habían mojado la ropa.

—Pero ya se le ha pasado el enfado porque ha ido al quiosco a comprarles helados.

Notando en su interior un sentimiento de envidia, Laura quiso saber qué más podía ver a través de sus cristales.

—Ahora llega un perro y olisquea la pierna de un señor que está sentado leyendo el periódico. ¡Qué horror!, levanta una pata. Creo que...

—¿Que va a hacer pis? ¿Lo hace? Di que sí...

—Que susto he pasado... casi lo consigo, pero el hombre se ha dado cuenta y le ha atizado con el periódico. El perro se va...

A partir de aquel día Laura ya no pensaba más que en tener unos cristales como aquéllos. Estaba segura de que con ellos no se aburriría nunca.

Y acostumbrada a tenerlo todo, pidió, lloró y se negó a comer hasta tener la promesa de sus padres de comprarle unos.

Pero fue imposible lograrlo. Nadie había visto jamás unos cristales con los que pudieran verse perritos, niños y fuentes, y Laura se indignó cuando le dieron un caleidoscopio y una bola transparente llena de nieve, en la que al amainar el temporal podía verse una casa y dos niños. ¿Es que creían que era tonta?

Decepcionada por no haber conseguido los maravillosos cristales, y envidiosa de Cristina porque los tenía, se sentó aquella tarde en su balcón, decidida a no prestar atención a su vecina, porque después de todo, si lo pasaba tan bien viendo cosas con sus cristales, que se divirtiera sola.

Hizo como si no la viera cuando se

acercó a la celosía verde y pegó su rostro en ella, y fingió sorpresa cuando la llamó.

—Estoy leyendo un cuento muy bonito y no puedo hablar —le dijo.

Pero Cristina quiso saber cómo se titulaba el cuento y de qué trataba, así es que comenzó a contárselo, y ya estaba llegando al final, cuando recordó que estaba enfadada y que no debía haberle hablado, así es que cerró la boca apretando fuerte los labios para que las palabras no pudieran salir de ella.

—Sigue —pidió Cristina, que sentía mucha lástima de la princesa y quería saber qué ocurrió con el desdorado Rey Cuervo.

—Si quieres saber el final tendrás que leer el cuento, porque yo ahora tengo que hacer los deberes del colegio.

—Es que yo no tengo el libro —se lamentó Cristina.

Y había tal desencanto en su voz, que Laura supo que, por aquel final del cuento, su vecina sería capaz de dar cualquier cosa.

—Puedo poner mi libro en una bolsa y pasártela con una escoba. Pero después, tú tienes que meter en la bolsa tus cristales a cambio ¿Qué decides?

Hubo un momento de indecisión que a Laura no le extrañó, porque tenía que ser terrible desprenderse de unos cristales como aquéllos. Pero Cristina quería saber el final del cuento.

Bueno —dijo al fin.

* Cada mes especializamos en temas de actualidad jurídica relacionados con las cuestiones vinculadas al mundo del Derecho.

A continuación se presentan los principales puntos de interés de los artículos de esta sección.

* En esta sección se presentan los artículos de los autores de esta sección.

* En esta sección se presentan los artículos de los autores de esta sección.

* En esta sección se presentan los artículos de los autores de esta sección.

* En esta sección se presentan los artículos de los autores de esta sección.



MARINA SEOANE.

El palo de la escoba salió y volvió sobre las hortensias. Laura lo condujo con mano temblorosa. Estaba tan nerviosa que no prestó atención al sollozo que se oyó en la otra terraza. Al fin tenía sus cristales. Abrió la bolsa y miró sorprendida lo que en ella había. Eran unas gafas de gruesos cristales con montura de concha. Se las puso y miró a través de ellas,

pero sólo vio niebla. Incluso se sintió un poco mareada y tuvo que quitárselas enseguida. Entonces, al mirar al frente y ver el parque, la fuente de cuatro caños y los niños que correteaban a su alrededor, lo comprendió. Y comprendió también el llanto del otro balcón, porque Cristina, sin sus gafas no podía leer el cuento. Se sintió avergonzada. ¿Qué impor-

taban los cristales si no eran ellos, sino su dueña, quien sabía ver lo bello que a otros pasaba desapercibido? Con las gafas en la mano bajó corriendo las escaleras, entró en el portal de al lado, y sin dejar de correr subió dos pisos. Llamó después a la puerta y preguntó: —¿Vive aquí una niña que se llama Cristina?